

Homilía Te Deum. “Hagan lo que Jesús les diga”. Jn 2, 5.

Valparaíso – 12 de septiembre de 2019.

Estimadas autoridades, fraternidad ecuménica y comunidad interreligiosa de Valparaíso,

En el relato de este evangelio de las bodas de Caná, vemos a Jesús invitado, junto a su madre y sus discípulos, a una fiesta de amor familiar. Ahí se dará cuenta la virgen María de que falta el vino, razón por la cual, ella pedirá a los sirvientes que “Hagan lo que Jesús les diga” para resolver el problema que causaría frustración, tristeza y fracaso. Jesús entonces, realiza el milagro de convertir el agua en vino, devolviendo así a la fiesta de los novios la alegría y la comunión fraterna de todos los invitados.

Descubrimos en este evangelio al menos, dos ideas centrales para nuestro Te Deum de alabanza y acción de gracias a Dios que hoy celebramos en Valparaíso por nuestras fiestas patrias.

Lo primero que observamos es que Jesús comparte con su familia y sus amigos una invitación a celebrar la fiesta del amor familiar. La más hermosa expresión de la unidad de la humanidad. Nos quiere decir así que todos hemos sido llamados, o sea, hemos recibido una vocación a la fraternidad universal. Es el impulso que el Dios creador ha puesto en nuestro corazón hacia la unificación de la humanidad y el ideal cristiano de una única familia de los pueblos, solidaria en la justicia y la paz. Al respecto dice el documento sobre la “Fraternidad humana” que el Papa Francisco firmó con todas las religiones en los Emiratos Árabes unidos este año, que “la fe lleva al creyente a ver en el otro a un hermano que debe sostener y amar. Por la fe en Dios, que ha creado el universo, las criaturas y todos los seres humanos – iguales por su misericordia -, el creyente está llamado a expresar esta fraternidad humana, protegiendo la creación y todo el universo y ayudando a todas las personas, especialmente las más necesitadas y pobres”.

Esta vocación que todos hemos recibido de participar en la fiesta de la fraternidad humana nos llama a trabajar unidos en el desarrollo humano integral, el que busca el desarrollo de toda la persona y de cada una de las personas. Eso significa salir de condiciones menos humanas a más humanas y, por supuesto, entender que el desarrollo de todos los pueblos exige una decisión libre y responsable de cada uno de nosotros construyendo con la unidad universal el bien común.

Este profundo anhelo de compartir la alegría de la unidad en la justicia, la verdad y la paz nos urge a recobrar el diálogo social con una auténtica amistad cívica en la cultura del encuentro y la cercanía fraterna. Como cristianos desde siempre estamos al servicio de Dios y del mundo en un mismo amor y verdad. Estamos movidos por la vocación al amor que celebramos en la fiesta esponsal de Jesús con toda la humanidad. Es en este sentido que decimos con Benedicto XVI en su encíclica “Caritas in Veritatis”: “que el auténtico desarrollo del hombre concierne de manera unitaria a la totalidad de la persona en todas sus dimensiones. Sin la perspectiva de una vida eterna, el progreso humano en este mundo se queda sin aliento. Encerrado dentro de la historia, queda expuesto al riesgo de reducirse sólo al incremento del tener; así, la humanidad pierde la valentía de estar disponible para los bienes más altos, para las iniciativas grandes y desinteresadas que la caridad universal exige” (n. 11) Se trata de un desarrollo integral que considere un humanismo trascendental, el que une las reivindicaciones naturales y las sobrenaturales y que da

a la persona humana “su mayor plenitud; ésta – nos recuerda Benedicto XVI – es la finalidad suprema del desarrollo personal” la que se pone al servicio de toda la comunidad. (ibid.)

En segundo lugar, vemos en estas bodas de Caná, a la madre de Jesús, la que representa a toda la humanidad, observando una necesidad urgente, la de devolver la alegría de la convivencia fraterna. Ella nos enseña a realizar un discernimiento que busca en el Dios cercano y solidario atender y resolver los problemas que angustian y entristecen a la comunidad. Por eso nos pide a todos unírnos en este clamor de los pobres y sufrientes para que trabajemos activamente en lavar las heridas y reanimar la justicia y la esperanza. Hoy en Chile y en las ciudades de la Diócesis de Valparaíso, vemos con más claridad y decidimos con mayor eficacia cuando crece la participación ciudadana y nos esforzamos en renovar la nobleza del servicio público y de la importancia de la política comprometida con todos los ciudadanos. En este buen espíritu de comunión y de colaboración responsable, vemos mejor la realidad y decidimos con más eficacia la solución a los problemas sociales.

Así podremos observar con mayor lucidez y compromiso, la inequidad que produce desigualdades económicas, de trato y de oportunidades que tanto nos entristecen; la violencia del narcotráfico en nuestros barrios que nos asustan; el ambiente de crispación en el debate público y en los medios de comunicación que nos confunden; la pobreza que afecta dramáticamente a los ancianos; a los jóvenes que nos estudian ni trabajan; a los inmigrantes que sufren cada día; a los abusos y la corrupción que nos desaniman y a tantos problemas más que unidos debemos asumir. Ellos nos exigen unidad en la legítima diversidad y al servicio del bien de todos. Estos desafíos nos hacen escuchar con más atención al apóstol san Pablo que nos dice que: “la caridad de Cristo nos urge”

Pero es necesario que antes de echar la culpa a los demás por estos graves problemas que nos aquejan o de esperar que otros lo resuelvan o, lo que es más penoso, descalificar cualquier iniciativa de solución, es urgente también, junto al rol que le corresponde al Estado y a las instituciones públicas y privadas, apelar a la responsabilidad personal del amor cotidiano. Cada uno de nosotros ayuda en la transformación social cuando llevo a la práctica el humilde servicio de la solidaridad que también se da en los más mínimos detalles. Dice Benedicto XVI que “la íntima participación personal en las necesidades y sufrimientos del otro (del próximo) se convierte en un darme a mí mismo: (de esta manera) para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona” (En “Deus Caritas est” 34). Y esta acción a nuestro alcance responsable, cercana y gratuita también transforma la sociedad.

Unidos como una sola familia humana, llamados a la fiesta de la fraternidad solidaria recemos en este solemne Te Deum de alabanza y de acción de gracias por Chile. Para que hoy nos acerquemos a los que nos necesitan, reconociendo con humildad que todos nos necesitamos para renovar la esperanza en un mundo mejor y pedir la gracia de la alegría del amor al reconocernos hijos de Dios, hermanos en Jesús y animados por un mismo Espíritu de bondad y de paz. Hacemos una oración muy especial por las personas y familiares de los que fallecieron en el derrumbe en los cerros de Valparaíso y para pedir la gracia de la lluvia tan imperiosamente necesaria para llevar el pan solidario a los hogares de todas las familias de nuestro querido Chile.

+ Pedro Ossandón B.
Administrador Apostólico de Valparaíso